

El pesimismo como terapéutica*

Querido lector: si por felicísimo azar te ha caído el premio obeso de la Lotería en la pasada Navidad (que algo te quedará, por derrochón que seas); si esas glándulas, de las cuales, según parece, dependen el buen o mal humor, la risa y el llanto, la actividad y la pereza, el furor o la tranquilidad, funcionan en ti sin *hiper* y sin *hipo*; si perteneces a la categoría de los que duermen y roncan desde que se acuestan hasta que se levantan; si han cometido injusticias contigo, pero no en contra, sino en tu pro, dejando reventado al prójimo con secreto regocijo tuyo y de tu amantísima familia; si tienes un alma que se te pasea por el cuerpo serrano, no sigas leyendo estas líneas, enjaretadas precisamente para tu antagonista y antípoda, el eterno desdichado.

Si perteneces por derecho propio - que nadie habrá de disputarte, por ladrón que sea - a esta numerosa cofradía, léeme con paciencia. Supongamos, infortunado lector mío - y si no son exactos los fieros males de estas suposiciones, serán otros equivalentes (y tamboril por gaita) - que te has especializado en algún útil estudio con toda brillantez; y que en el momento de ir a ejercerlo en honrosa plaza, te la birla el más estólido de tus camaradas, aquel cuya palabra es más bien sonoro rebuzno. Andas cierto tiempo, de resultas, como si te hubieran dado cañazo, pero, al fin, reaccionas. Piensas que sin salir de este perro mundo, hay muchas más cosas buenas que aquella ansiada plaza: el amor, la amistad, los viajes, oír a Raquel Meller, la paella valenciana, los langostinos en salsa mayonesa, etc. Y que hay también otros muchos modos de ganar dinero, *aunque sea honradamente*, como decía aquel gitano.

En tal razón te enteras de que un multimillonario yanqui anuncia una conferencia, tan desinteresada como interesante, sobre la forma de hacerse millonario todo el que le dé la gana. Y como tú estás precisamente en este caso, acudes veloz, lleno de ilusiones. Y oyes al conferenciante, que empieza así:

* *Buen Humor*, 17/4/1927, pp. 10-11. Dentro de la amplia y variada labor periodística de Matilde Ras, encontramos también unas colaboraciones con el semanario satírico madrileño *Buen humor*, que se editó entre 1921 y 1931. La publicación, fundada por Pedro Antonio Villahermosa y Borao, conocido ilustrador que firmaba como *Sileno*, quería ser un laboratorio experimental, de acuerdo con las teorías vanguardistas y pudo contar, entre otros, con la valiosa colaboración de Ramón Gómez de la Serna, Enrique Jardiel Poncela, José López Rubio y Edgar Neville. Este artículo revela la faceta humorística de la escritora, que en otras publicaciones, en cambio, se ocupará prioritariamente de grafología y de temas muy diversos: desde la lucha contra el cáncer a la crítica musical, literaria y artística, o a la homeopatía.

- Nadie se descorazone, por paupérrimo que se encuentre. Aquí, donde me ven ustedes, cuando yo comencé los negocios que me habían de llevar a la cumbre de la fortuna, apenas si tenía un miserable millón de dólares.

Tú sales del local sin querer oír el fin de la conferencia práctica, pero tus ilusiones no han caído totalmente y vas en busca de alguna de las susodichas cosas buenas y accesibles.

Te enamoras y eres correspondido. ¿De quién y por quién? De y por una señorita con el pelo al rape, tan modernista que sabe guiar un auto y hasta una vez despachurró a un señor distraído que iba leyendo por la calle las greguerías de Gómez de la Serna. Una mañana vas a su casa - no a la de la Serna, sino a la de tu novia - y la encuentras de pijama, con una pipa entre los pintados labios y no sabes ya a qué pertenece aquello, si tiene pinta de una futura mamá de familia o de qué; sólo sabes que estás atortolado, fascinado, obsesionado, alorado. Un día se presenta un competidor; tú no haces más que examinarlo someramente y pierdes todo resquemor; él no es bien parecido como tú y aunque lleva mejor ropa, pues te andas algo arrateradillo desde la justicia de marras, carece de toda distinción, la cual está en la persona y no en la vitola; por una nota que le has visto tomar, has advertido que tu competidor es totalmente refractario a la ortografía. Entonces dejas caer desde tu altura, una desdeñosa sonrisa. Ahora bien: esta sonrisa denota, que eres un completo idiota. (Y perdona si esta aleluya lastima ligeramente tu amor propio, pero me ha salido tan rotunda y categórica, que no he podido dejar de consignarla.)

Porque significa que ignoras los complicados cálculos que pueden albergarse en una cabeza femenina motilada a la última: vamos a cuentas: ¿puedes proporcionar a la niña bien, auto trepidante y despachurrante, ni siquiera invitarla con frecuencia al Ritz? o ¿tuviste la cándida fatuidad de imaginar que lo iba a supeditar todo a tu caída de ojos y a tu correcta ortografía?

En fin, el desengaño llega. Si hubieses residido en París, es casi seguro que te hubieras arrojado al Sena; si en Roma, al Tíber, si sencillamente en Zaragoza, al Ebro famoso, pero tirarse de cabeza al Manzanares, resulta denigrante, y, por añadidura ineficaz. Decides pues, vivir. ¿Qué línea de conducta seguirás de allí en adelante? Eso depende de tu temperamento. Si éste es de iluso nato, aunque te escachifollen cien veces, te ilusionarás ciento una y rabiardas otras tantas, hasta que logres ponerte un pavimento completo en el hígado. Pero si no, hay un remedio de evitar el desengaño y es no fraguar antes el engaño.

En una palabra o en tres, mejor dicho: pesimismo como terapéutica. Hecho a la idea de que éste es un cochino mundo y sus habitantes una mala ralea y el destino una cosa rara y sin ton ni son, y la vida lo que dijo no sé si Shakespeare, *un cuento sin sentido contado por un idiota*, ya nada puede pillarte de susto y voy a decirte lo que te ocurrirá poco más o menos. En primer lugar tú no paralizas la acción por eso, porque quieres que la culpa sea de tu mala sombra y no tuya. Escribes un artículo precioso y lo llevas al director de un periódico que se titula *El Ideal*, aunque tú sabes perfectamente que a reinar la verdad en el mundo, debiera llamarse *El Vil Interés*. El director naturalmente, no te hace caso. Y tú sales de la redacción radiante de alegría, porque no te han mordido ni arañado, y te dices: para ser intelectual, no me va tan perramente.

Topas con alguien que te cuenta que tu mejor amigo anda diciendo pestes de ti; no te alteras porque el caso estaba ya descontado; más, el amigo que huele que te han ido con el chisme, se va a disculpar contigo asegurándote que son exageraciones; y tú, que no esperabas ni tanto, ni nada, te enterneces y quedas contentísimo de ver, que por lo menos, él se disgusta de que tú te disgustes...

Muy persuadido de que las mujeres hacen tanto caso de ti como de un mendrugo caído detrás de un baúl al pasar delante de tu portería, la chica de la portera, featona de suyo, te sonrío y aquello es un rayo de sol en tu nublado espíritu. Al llegar a tu casa, la familia que está de mal humor, te dice cosas desagradables e injustas, pero tu hígado sigue incólume; tenías previsto el caso, sabes que hemos nacido para sufrir y que las familias son nidos de serpientes, salvo alguna rara excepción, que dicho está no te iba a caer a ti en suerte; no replicas ni media palabra, tú que antes contestabas a las injurias con un silletazo y se armaba entre todos una bronca que se oía en Filadelfia, no; esta vez callas, y ves con mucho regocijo, que ellos acaban por callarse también y hasta que admiran un poco tu paciencia franciscana, preguntándose *in mente* qué invisible paraguas te preserva del chaparrón familiar.

Tu pesimismo te ha vuelto estoico y dispuesto a afrontar todas las jugarretas del destino; en cambio la más mínima cosa buena te proporciona la alegría de las felicidades inesperadas, pero siempre alerta de que aquello no va a durar, pues ya no te chupas el índice, ni te engaña nadie. Si te piden un favor, lo haces si puedes, guardándote bien de contar con el agradecimiento del favorecido; así cuando te pagan a patadas, no te irritas, ni caes en un acceso de misantropía ridícula. Al contrario, experimentas la íntima satisfacción de ver realizado un hecho previsto.

Mejor fuera, hartos se me alcanza, que la enorme dosis de filosofía necesaria para llegar a este fin, se trocase en una dosis equivalente de papiros, porque como decía un muy franco amigo mío: -¿Qué en qué consiste la felicidad? Pues en tener mucho dinero y ser muy bruto, porque así uno ofende a todo el mundo y nadie le ofende a uno -. Pero no estando en ese caso, vale más no creer cosas que no han de llegar, y ver la realidad más clara que la luna de enero, porque no hay ilusión tonta que no pare en un batacazo mayúsculo.

Matilde Ras